América Latina frente a las elecciones norteamericanas

A todas luces el tema de actualidad, tanto en el mundo de los que hacen la política como en el de quienes se dedican a comentarla, ha sido la elección de James Carter como presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Dicha cuestión ha despertado las polémicas más fuertes, las discusiones más acaloradas y las esperanzas (llamadas también ilusiones) más variadas; los foros, las tribunas y los pasillos de los centros políticos y universitarios han escuchado y dejado escuchar toda una marea de afirmaciones y conjeturas.

Al argumento de que la próxima administración demócrata propiciaría en América Latina, y más específicamente en el llamado Cono Sur, una política de apertura democrática, se le contrapone la larga serie de intervenciones de los gobiernos norteamericanos en nuestro continente, tanto republicanos como demócratas, cuando los intereses económicos y políticos del imperialismo están en peligro.

Y al argumento que plantea que la forma ideal que utiliza el imperio para subordinar a nuestros pueblos es la democracia burguesa, que evita la radicalización de la lucha de los pueblos, refleja su antítesis en quienes creen que la lucha de clases en Latinoamérica ha llegado a tal punto de su polarización, que la única alternativa para los centros hegemónicos es la de las dictaduras militares.

Aun a riesgo de parecer esquemáticos creemos que esas son, en lo fundamental, las alternativas que explícita o implícitamente se manejan.

Frente a una disputa de esta índole, y más aún cuando va acompañada de toda suerte de especulaciones, no es posible plantearse indiferente, apático, frío, imparcial o meramente académico. Sin perder la objetividad del investigador científico, es preciso expresar una valoración del fenómeno desde el punto de vista de los intereses de clases que están en juego a nivel mundial y que determinarán la práctica del gobierno demócrata.

Desde ese prisma, las recientes elecciones norteamericanas nos obligan a hacer algunas consideraciones.

Primero, que a partir del término de la Segunda Guerra Mundial se consolida un mercado internacional bajo la hegemonía de la empresa transnacional, donde predomina el capital norteamericano;

Segundo, que desde ese momento la correlación de fuerzas a escala mundial, caracterizada por la contradicción entre el mundo socialista y las clases trabajadoras de los países capitalistas con el imperialismo y las clases dominantes de los países capitalistas, viene sufriendo un proceso de transformación creciente en una perspectiva esencialmente dinámica;

Tercero, que ese proceso de transformación creciente va favoreciendo, histórica e irreversiblemente, a las fuerzas que luchan por el socialismo a escala mundial;

Cuarto, que el fenómeno dialécticamente inverso es el debilitamiento económico, político y militar del imperialismo y, con él, el del sistema capitalista mundial en su conjunto;

Quinto, que este debilitamiento del imperialismo se ha traducido en su derrota, también económica, política y militar, en Asia y África y, por lo tanto, en un repliegue sobre América Latina;

Sexto, que con base en estas consideraciones, la inmediata administración de Carter no es posible compararla con las anteriores administraciones demócratas, en cuanto al contexto y a la correlación de fuerzas a escala mundial. Debido a que ésta le es adversa al imperialismo y, además, el sistema capitalista atraviesa por una crisis cuyo resultado es incierto. Todo lo cual hace prever una política agresiva del gobierno de Carter frente a América Latina. Sin perjuicio de las tácticas que utilice para implementarla;

Séptimo, que a pesar que James Carter utiliza un lenguaje político favorable a la democratización de América Latina y de respeto a los derechos humanos, conculcados por las dictaduras militares, este aparente viraje, respecto al gobierno de Ford, sólo se explica en el contexto de una nueva táctica del imperialismo norteamericano para Suramérica, destinada, fundamentalmente, a apaciguar la lucha de clases;

Octavo, que esas tácticas pueden ser aprovechadas, o no, por la lucha de la clase obrera y los pueblos latinoamericanos;

Noveno, que en cualquier caso lo que en última instancia determina la liberación definitiva es la propia capacidad política y orgánica de los pueblos y sus vanguardias.

Por todo ello, cuando un señor Schneider, asesor para asuntos latinoamericanos del señor Kennedy nos dice que la nueva administración de Carter será "activa, consciente y progresista", como militantes de la lucha latinoamericana lo menos que podemos responder es que siempre hemos estado convencidos de que la política del imperio ha sido "activa" y "consciente"; que sea "progresista" lo esperamos, no porque de ello surja por encantamiento la liberación de Latinoamérica, sino porque facilita, justamente, las luchas por su liberación.

Porque, ¡cuidado!

Cuidado los pueblos con engañarse con los espejismos.

No sería la primera vez que las coyunturas esparcen un manto de niebla sobre los periodos.

No sería la primera vez que los árboles no nos dejaran ver el bosque y confundiéramos la estrategia con la táctica y la táctica con la maniobra.

Para quienes vivimos el proceso de ascenso y caída de la Unidad Popular esta cuestión es una experiencia hecha.

Y es que la sola discusión acerca de la significación del ascenso de Carter al gobierno norteamericano entraña un peligro extraordinariamente grande para la concepción de la lucha revolucionaria, para la comprensión que los pueblos tengan de su liberación.

Y es que el trabajo que nosotros, militantes de la revolución latinoamericana, debemos hacer para llevarla a cabo es una tarea que tenemos que afrontar nosotros mismos.

No es el imperialismo, con sus Ford o sus Carter, sus Nixon o sus Kennedy, sus republicanos o demócratas, quienes van a solucionar el problema estratégico de nuestro continente.

Repetimos, éstos son nuestros problemas; su solución no depende de quien administre los intereses de las transnacionales, sino de la capacidad de sus vanguardias para estructurar la estrategia y la táctica que nos conduzca a la victoria; de la capacidad de articular todas las formas de lucha, utilizando las más adecuadas de acuerdo al periodo; de su capacidad para levantar las banderas de la unidad a través de la alianza fundamental entre la clase obrera y el pueblo, para esta América que Fidel llamara morena, taciturna y explotada.

Como dijera hace unos días aquel profeta de la revolución continental, uruguayo de nacimiento y latinoamericano por convicción, Carlos Quijano: "Socialismo e integración, he allí nuestro objetivo estratégico."

Diciembre de 1976

Ricardo Fenner Vargas